

decir á un presidente que se habían robado y cocido algunos niños. Puede creerse que sólo se cometió este crimen una vez y exclusivamente por los alemanes: los lansquenetes que estaban á sueldo de la comuna «comenzaron, dice otro testigo (1), á cazar niños, como perros, y se comieron tres, dos en el hotel de Saint Denis y uno en el hotel de Palaiseau;» despues de lo cual desertaron (2). La piel hablaba, dice uno de los familiares del legado (3); estaba amarilla y seca «y se encontraban todas las mañanas ciento, ciento cincuenta, y á veces doscientos, muertos de hambre en las calles (4). Hasta en casa de la duquesa de Montpensier se murió de hambre una criada.

Y todos aquellos papanatas sucumbian oyendo contar grandes victorias obtenidas en los otros barrios sobre el ejército real; henchíanse de noticias falsas (5), y se tragaban falsas proclamas (6) en que se decía que Enrique IV había autorizado á sus soldados á tomar el dinero de los parisienses, «sus mujeres de grado y sus hijas por fuerza.»

Entre tanto y á su vista tomaba el rey á Saint Denis (7) y dejaba que sus soldados recogieran á los desgraciados que huían del hambre, sistema contrario á las leyes de la guerra, pero que disculpó (8) diciendo que, si los hubiera rechazado á la ciudad sitiada, habrían muerto sin conmovier á los ligueros «que tenían la fuerza y la autoridad y provisiones de sobra para sus necesidades.» Permitía, también, introducir víveres, pero á buen precio: era una contribucion de guerra á cargo de los más ricos ligueros. Con esta idea tenía encargados á Givry y á Aubery du Maurier (9) «para que dejaran pasar á Paris todo el vino y leña que quisieran.»

Compadecidos de la miseria de los pobres, el cardenal de Gondi, obispo de Paris, y Espinac, arzobispo de Lyon, obtuvieron autorizacion del legado para tener una entrevista con Enrique IV, á riesgo de ser arrastrados á su vuelta á Paris.

(1) Lestoile, 16 agosto 1590.

(2) Pigafetta, pág. 79.

(3) *Ibid.* pág. 80.

(4) Corneio, pág. 46.

(5) Soc. hist. de Paris, tom. VII, pág. 245, 252.

(6) *Ibid.* pág. 194.

(7) El 9 de julio 1590.

(8) *Cartas misivas*, tom. III, pág. 285.

(9) *Correspond. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, tomo I, pág. 50, carta del 20 nov. 1590. Era un servicio oficial regularmente organizado. Ha habido error en acusar á Givry de haber sacado de esto su provecho, puesto que obraba por cuenta del ejército real, no por la suya propia.

Enrique IV tenía en su mismo campo el consejo de ministros: había conservado á Revol, confidente de Enrique III, y llamado á Chiverny, canciller que cayó en desgracia algunas semanas ántes del golpe de Estado de Blois: Chiverny, tan ardiente partidario de la Liga hasta entónces, se dió prisa á abandonar sus empresas para acudir cuanto ántes al llamamiento del rey «sabiendo, decía (10), cuanto importa á un servidor que tenga su amo segura opinion y confianza de su fidelidad y de su afecto, cuando entra á su servicio.» Al verle llegar Enrique IV, le entregó las dos llaves del cofre de los sellos de Francia (11) y le dijo sonriendo: «Hé aquí las dos pistolas con que deseo me sirvais: con ellas me habeis hecho bastante daño; pero estais perdonado. Os dejo para ir á rogar á Dios á mi manera; rogadle vos á la vuestra.» Pero sus ministros y hombres de ley no penetraban fácilmente hasta él. «Toda la noche anda á caballo; se acuesta á las cinco de la mañana y se levanta á las diez... No habla más que con gente de guerra» (12). Se aprestó, sin embargo, á recibir en la abadía de San Antonio á los dos prelados que salían de Paris para proponerle una paz general (13).

—Segun eso, les dijo, Paris no quiere abrirme sus puertas, si la paz no es general: Paris se hace árbitro entre Mayena y yo. Es cosa chusca esto de ver una plaza hambrienta empeñarse en persuadir de la conveniencia de la paz al duque de Mayena, que está gordo y sano y á sus anchas. Los de la Union no temen que Paris sea desgarrado, con tal que saquen ellos un jiron: así, todos son españoles ó españolizados. Vos, señor cardenal, deberiais tener piedad de los que son vuestras ovejas; y vos también, señor arzobispo. En achaque de teología, no alcanzo mucho; pero sé lo bastante para deciros que Dios no quiere que trateis así al pobre por complacer al rey de España y á Bernardino de Mendoza.»

—Pero si Paris se entrega, se arriesgó á decir el arzobispo de Lyon, vendrá luego el rey de España á sitiario otra vez y á tomarlo.

—¡Vive Dios!—exclamó el rey.—Si viene lo

(10) *Memorias*, pág. 504.

(11) Faye á Bellievre, 11 julio 1590, pág. 90, ed. Halphen, p. 90. Chiverny, *Memorias*.

(12) Faye á Bellievre, 9 julio 1590, pág. 81.

(13) Faye á Bellievre, carta del 7 de agosto, pág. 94. Faye asistió á la entrevista é hizo la reseña bajo la impresion del momento. Su carta se copió é insertó en la *Cronología* de Palma Cayet y en las *Memorias de la Liga*. La relacion oficial estaba perdida; pero se acaba de publicar por la Soc. hist. de Paris, tom. VII, pág. 239 y está absolutamente conforme con la carta de Faye.

recibiremos como se merece.—Reprimiéndose luego, continuó con templanza:—He jurado contra mi costumbre; pero ahora os digo serenamente que por Dios vivo no sufriremos esa mengua. Quiero entrar en Paris; haré ahorcar á los que han sido causa de la muerte de tantos pobres, y aseguraré á los demás la paz y la libertad religiosa. Decidlo así para que no se os acuse de infidelidad para con vuestra patria.

Durante esta conferencia, se diseminaban los burgueses por los arrabales, se mezclaban con los soldados del ejército real «y en este encuentro muchos parisienses lograron su salida de la ciudad» (1); otros volvieron á entrar con ideas

más tranquilas; una especie de resorte dejaba asomar el buen sentido. La comuna reprimió rudamente estas tentaciones patrióticas, haciendo ahorcar á muchos burgueses «de los más significados,» y entre ellos al joyero Leprestre (2). Ocho días despues, no pudo impedir que salieran otra vez los dos prelados para declarar á Mayena que Paris se entregaria dentro de cuatro días (3).

Pero llegaba ya el ejército de Alejandro Farnesio. Enrique IV, que sabia cuánto arriesgaba continuando el sitio ante el amago de tal caudillo y tales soldados, evacuó los arrabales el 18 de agosto y sólo pensó ya en prepararse para una batalla.

CAPÍTULO II

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO FARNESIO EN FRANCIA

1590-1592

ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE FARNESIO EN FLANDES.—PRIMERA CAMPAÑA DE FRANCIA.—
LA COMPAÑÍA DE JESUS.—LOS MENDIGOS Y LOS TRAIADORES.—LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES DEL LANGUEDOC Y DE BRETAÑA.—
LOS ALIADOS Y LOS NEUTRALES.—
IMPOTENCIA DE LA LIGA.—SEGUNDA CAMPAÑA DE FARNESIO EN FRANCIA.—CATALINA DE BORBON

I.—Últimas campañas de Farnesio en Flandes

Viendo Alejandro Farnesio desaparecer la armada que había de trasportar su ejército á Inglaterra, juzgó necesario levantar la moral del soldado con un triunfo importante y rápido. En esta obligacion de dar cuanto ántes un golpe ruidoso, escuchó al inglés Grimstone, que le prometió la plaza de Berg-op-Zoom, mandada por el escocés Balfour. Los Países Bajos habían venido á ser el asilo de todos los malhechores de Europa. Eran ahorcados muchos, asalariados no pocos, y había ya la costumbre de vivir en una atmósfera de asesinatos y traiciones. Farnesio, que el año anterior había adquirido á Güeldres por mediacion de un escocés, esperó adquirir del mismo modo la ciudad de Berg-op-Zoom. Con esta idea escogió tres mil hombres de los más fuertes entre sus españoles é italianos, los condujo él mismo hasta el fuerte de la Cabeza, vió abrirse el rastrillo y

penetrar por la bóveda á sus soldados; mas luego oyó un espantable cañoneo. Emboscada la guarnicion en las estrellas y contra-escarpas, acechaba á los desgraciados y los abrasó sin que pudieran defenderse. «Oyendo el tiroteo Alejandro, fué tal su despecho que hubiera entrado en la plaza á no contenerle sus más íntimos (4).» Muy pocos fueron los que se salvaron. A Don Alonso de Idiaquez (5), que aunque capitán de una compañía de caballos, quiso hallarse como infante en esta ocasion, le salvó el sargento Limon, que le tomó sobre sus hombros (6) y le sacó á nado á través de los fosos de la plaza. Cuando Grimstone, autor de la estratagemata, fué á preciarse de ella á la corte de Inglaterra, la reina Isabel le arrojó un bolsillo con estas palabras: «Andad á vuestra casa, donde me acordaré de vos para emplearos siempre

(4) Aubigné, tom. III, pág. 202.

(5) Hijo de D. Juan de Idiaquez. Llegó á ser duque de Ciudad Real y virrey de Nápoles.

(6) Coloma, pág. 10. A Don Sancho de Leiva le salvaron también sus soldados.

(1) Relacion publicada por Alfredo Franklin, pág. 208.

(2) Lestoile, 8 agosto 1590.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 117, del 17 agosto 1590.

que haya menester un hombre que sepa hacer bien el personaje de traidor.»

Leicester había dejado en Gertruydenberg otros ingleses que se creían los soberanos de la ciudad, ponían á rescate á sus habitantes y hacían correrías á lo largo de los canales, saqueando los barcos y á los negociantes que con ellos traficaban (1). El príncipe Mauricio de Orange acometió la empresa «de castigar á los amotinados, para dar un buen ejemplo de obediencia á todas las guarniciones.»

Abrió el fuego contra su ciudad de Gertruydenberg con sesenta cañones, «de tal manera que se estimó esta batería por la más furiosa que se hubiera visto hasta entónces en los Países Bajos (2).» Era una razón suficiente para que Farnesio se apresurara á ofrecer su apoyo á los amotinados: la guarnición se encontraba así entre dos ejércitos que la amenazaban y solicitaban igualmente, y tomó el partido más favorable á sus intereses: completó en pocas horas el pillaje de la ciudad y salió con su botín, dejando á Farnesio la plaza.

Esta estrategia alrededor de los fosos de algunas ciudades, estas hostilidades en pequeño, no eran del gusto de Farnesio. Por otra parte, sentía pesar sobre sí un odio sordo; sabía que no faltaban quejosos de él en el Escorial. Se le acusaba, «de no haber cumplido con su deber cuando la armada española estaba cerca de Calais y de haber sido la causa de la muerte de tantos soldados en Berg-op-Zoom (3).» Sobre todo se le reprochaba no haber exterminado á los protestantes en las ciudades que le estaban sometidas y carecer de fervor en sus prácticas religiosas (4). Adivinaba su condenación principalmente por la ruina de su salud: creíase envenenado; se le hinchaban las piernas (no sin sospecha de veneno), de lo que se lamentaban sus mismos criados italianos, diciendo sin rebozo que los españoles habían puesto así á su amo (5). Esta opinión se generalizó. Farnesio no dudaba de que Felipe II quería deshacerse de él, como, según se creía, se había desembarazado de Don Juan de Austria. «Se le ha escapado decir, escribe un inglés (6), que tenía grandes sospechas

(1) Palma Cayet, pág. 138.

(2) Aubigné, tom. III, pág. 205.

(3) Palma Cayet.

(4) Aubigné. «Que no hacia gala de rosarios ni cuentas benditas.»

(5) Le Petit, *Crónica de Holanda*, t. II, pág. 570.

(6) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 396. Talbot to Shrewsbury, 26 mayo 1589: And himselfe geveth oute that he greatly suspecte the himselfe to have received som poyson, ether in som meate or drynke.» El mismo pensamiento se halla en [este verso, Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 75:

Humant un euf Parme s'est trouvé pris...

de que le habían echado veneno en su comida ó bebida.»

Lo que puede afirmarse es que Felipe II daba gran importancia á las noticias de su salud. «De Flandes avisan particularmente, se lee en una nota de la cancillería, temerse la salud del duque de Parma, y lo mismo confirman de Lorraine.—Ojo, pone el rey al margen. En esto convendrá mirar luego, y así lo vean Don Cristoval y Don Juo (Idiaquez); aunque creo que debe ser lo mismo que es recibido á los 29 deste, pues esto es tan pocos dias despues (7).»

Lo cierto, igualmente, es que Felipe II prodigó á Farnesio muestras de confianza en el momento mismo en que le buscaba sucesor (8); le declaró que su conducta había sido la que debió ser durante toda la campaña marítima contra Inglaterra (9); acogió con benevolencia al del Franco Condado, Richardot, á quien Farnesio envió á Madrid con encargo de justificarle; pero hubo de enviar á Flandes, un tanto como vigilantes, y otro tanto como sucesores, á dos jóvenes que tenían una actitud singular en la corte, como se ha visto en otro lugar (10); dos hombres orgullosos é inquietos, que pasaban ambos á dos por hijos naturales del rey (11), el príncipe de Ascoli y el duque de Pastrana.

Farnesio estaba muy quebrantado en Spa, «bebiendo el agua de las fuentes» y haciendo peregrinaciones á Aquisgran, donde por dar mejor opinión á Felipe II de su ortodoxia, hacia sus devociones, según se cuidaba de hacer publicar, adorando las preciosas reliquias «que son: las bragas de San José, la camisa de la Virgen María y la silla de Carlomagno (12).»

Los dos veranos de 1589 y 1590 se pasaron en el norte en golpes de mano contra algunas plazas y en preparativos de la campaña de Francia.

Pueden comprenderse estos golpes de mano con dos ejemplos, el de Nimega y el de Breda.

Entre los bandidos que pasaban de un partido á otro, según las probabilidades del pillaje, uno de los más temibles era el alemán Martin Schenck. Constantemente ebrio y á caballo siempre, hasta para comer, hasta para dormir,

(7) Ms. Arch. nac. K. 1570, p. 11.

(8) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 80 á 89.

(9) Bolet. Comis. real hist. de Bélgica, 1.ª serie, t. XIII, p. 8.

(10) Hist. de Felipe II, t. III, p. 54.

(11) Le Petit, *Crónica de Holanda*, t. II, p. 576. «Que se decia ser bastardos del rey de España.»

(12) *Ibid.* pág. 570; Aubigné, t. III, p. 207.

golpeaba á sus soldados, les hería y aún los mataba, pero le permanecían adictos por el atractivo del rico botín que les procuraba. Habiéndole expulsado el príncipe de Orange, se había pasado al servicio de Farnesio. Había vencido á Hohenlo y tomado á Nimega; despues pasó al servicio de los Estados y formó el proyecto de recobrar á Nimega, de que él mismo les había despojado.

Salió, pues, de su fuerte de Schenck, que había construido para dominar á Vestfalia, y con algunos hombres penetró embarcado á media noche (1) en el corazón de la ciudad, mientras los demás de su fuerza lo esperaban á fuera bajo las murallas. Introdujose en una casa que se apoyaba en ellas á fin de practicar una abertura por donde entraran los de afuera; pero quiso la casualidad que en esta misma casa se celebrara una boda aquella noche: al ruido de los golpes las mujeres comenzaron á dar gritos, los convidados, medio ebrios, se diseminaron por la ciudad con antorchas encendidas y los vecinos y la guarnición acudieron en armas. Schenck corrió á su barca, pero al saltar á bordo se deslizó y cayó al agua, y no pudiendo salir á flote por el peso de su armadura, se ahogó. Al día siguiente sacaron su cuerpo del agua los burgueses y lo pusieron en la horca.

La ciudad de Breda estaba ocupada por una guarnición italiana. Mauricio de Orange autorizó al francés Herauguere á tentar un ataque parecido y puso á sus órdenes setenta hombres (2). El asentista de leña de los italianos de Breda, Adriano de Bergues, escondió á Herauguere y sus aventureros en un barco de turba. El barco llega á primeros de marzo (3) por el canal y es visitado por un cabo que no ve más que turba, pero hace esperar la marea del día siguiente para dejar abrir las esclusas por medio de las cuales se comunican el canal y los fosos de la ciudadela. «Durante esta espera los soldados escondidos tuvieron agua hasta media pierna y murmuraban de Herauguere: el frío les hacia toser y escupir y en este apuro sólo esperaban ya que los descubrieran y ahorcaran.» Y los italianos de la ciudadela, que tenían también frío, no murmuraban ménos de este retardo, y mostraron gran celo en animar la maniobra para descargar el barco. El patron que oía en la bodega la tos de los escondidos «hizo cuanto

(1) El 10 de agosto 1589.

(2) Coloma, pág. 26; Aubigné, t. III; Palma Cayet, p. 212; Du Maurier, p. 221.

(3) El 3 de marzo 1590.

ruido pudo para darle á la bomba.» Llegó, en fin, la segunda noche y salió Herauguere, se apoderó con sus setenta hombres de dos cuerpos de guardia, mató á los que fueron á atacarlo al patio de la ciudadela y abrió una puerta á los refuerzos que lo esperaban extra-muros.

Muy luégo se desvia Farnesio de las preocupaciones de esta guerra de escaramuzas y se prepara para una expedición á Francia.

Al enterarse Felipe II de la batalla de Ivry, se decide á empujar á Farnesio contra Enrique IV.

Recibe por instrucciones Farnesio, utilizar á Mayena y preparar el advenimiento de la infanta Isabel al trono de Francia.—Isabel, le escribe Felipe II (4), es, por derecho materno, la única heredera de la corona: no se deben tener en cuenta los usos contrarios, ni la supuesta ley sálica, de invención reciente, como lo saben todos los que han estudiado la cuestión, ley desacreditada, á pesar de cuanto digan los mal informados.—Estas combinaciones de arte política y de ciencia militar convenían al genio de Farnesio: desde luégo se mide con el desgraciado Mayena.

Mayena estaba en el último apuro. «Beso humildísimamente las manos de V. A.,» escribía á Farnesio (5), buenas palabras que no interesaban al italiano, ni le hacían descuidar «ningun artificio para sacar de Mayena cuantas ventajosas condiciones podía (6). Es grato ver arrastrado á la órbita de Alejandro Farnesio á un hombre flojo é irascible como Mayena, que no sabía tener actividad ni aplomo, que sólo salía de su torpeza por un acto de brutalidad (7).»

Mayena estaba desconcertado por sus reveles y doblegado por su necesidad de dinero; y se desquitaba de sus bajezas con Farnesio difamándole en sus secretos coloquios con el hombre más importante de Europa, con el comendador Moreo.

Don Juan Moreo era el agente predilecto de Felipe II en Francia, el dispensador de sus larguezas. Falso y envidioso, sobresalía en sonsacar confidencias, corromper los corazones y sorprender las intenciones. Había comenzado por sobornar al desgraciado Enrique de Guisa, com-

(4) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 73. Instrucciones á Tassis, del 3 de mayo de 1590, y á Farnesio, del 1.º octubre siguiente.

(5) Colec. de Croze, p. 408, carta del 12 abril 1590.

(6) La Huguerye, *Memorias*, t. III, p. 339.

(7) Asesinatos de Saint-Mesgrin, de Sacremore y de los asesinos del presidente Brisson.

pró luégo á Balagny y á Cambray, asalariaba á Mayena y acriminaba á Farnesio. Felipe II lo había recompensado con una rica encomienda y empleos de corte, que no tenía tiempo de ejercer ni aprovechar, gracias á su ardor atrabiliario por las misiones secretas. No era menos vanidoso. «Me ha alcanzado S. M. de mi religión, decía (1), el título de Baylio de Caspe y castellan de Amposta, y al delante, siendo castellan de Amposta, me cubriré delante de mi rey.»—Engañase, escribe al márgen Felipe II, que se hacía exhibir las cartas dirigidas á sus agentes y se paraba en todos sus detalles. Moreo era además miembro del consejo de la guerra (2) y se veía llamado á desempeñar en la anexión de Francia el papel de Cristóbal de Mora en la de Portugal, soñando así largos años de omnipotencia. Por esto, más le inquietaba Farnesio que el mismo Enrique IV. Desde la batalla de Ivry, le venía denunciando por no haber querido dar infantería al conde de Egmont, lo que, según él, había sido causa de la derrota, y añadía: No le he ocultado mi opinión, lo que le ha mortificado tanto que no me trata ya cortésmente. Sin él, hubiera triunfado en Francia la causa católica (3). Después explotaba la vacilación de Farnesio ante los peligros de evacuar á Flandes y arriesgar un ejército insuficiente contra un hombre de guerra como Enrique IV. «He hecho, escribía de Spa el héroe al ponerse en marcha para Francia (4), he hecho harto más de lo que he podido poniendo en mucho riesgo lo que tengo á mi cargo y juntamente con él la honra y reputación.»—En hora buena, decía Moreo al comunicar esta carta al rey (5); sin duda cree que se le envía á Francia «más por sacarle destos estados que por socorrer á los católicos de Francia; se le ha dicho que debe ser reemplazado por el cardenal archiduque, que está ya dispuesto á partir de Madrid. Fuera desto está muy mal conmigo (6).»

Farnesio creía temerario comprometer la dominación española en el norte para penetrar en medio de Francia sin fuerzas preponderantes; pero Moreo disfrazaba en estos términos la

(1) Ms. Arch. nac. K. 1569, pág. 152 y 158, Moreo á Mendoza, del 2 octubre 1589.
 (2) *Ibid.* K. 1573, pág. 65. La carpeta K. 1574 contiene principalmente su correspondencia.
 (3) Citado por Motley, *the United Netherland*, t. III, p. 203.
 (4) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 64, Farnesio á Moreo, Spa 4 de julio de 1590.
 (5) *Ibid.* pág. 65, Moreo al rey.
 (6) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 66.

prudencia del caudillo (7). «Aunque para decir la verdad, he visto tan malas señales de voluntad en el duque de Parma, que temo no llegue á efecto nada... Temo alguna treta de Machiavelo por vías indirectas porque conozco la costumbre de los de su país.» Y todavía, excitándole más y más la bilis, llegó Moreo á decir al rey (8): «No hay príncipe en Italia, hay pocos en el mundo, que no anhelan engrandecerse; y este podría dar un golpe más tremendo que todos los otros: sabido es que no hay un perverso que no desee la muerte de V. M.»

Los tortuosos manejos y calumnias de Moreo daban ménos cuidado á Farnesio que las imprudentes hablillas de dos mozalbetes que se hacían llamar los *bastardos del rey*. El príncipe de Ascoli y el duque de Pastrana criticaban al general en medio de los regimientos y ganaban fácil popularidad. Era un juego peligroso: la guarnición española de Jurtray se aprovecha de esta autorización que al parecer prometían los dos viajeros, para expulsar á sus oficiales y saquear la ciudad (9); en Tournay se insubordina un regimiento de Don Antonio de Zúñiga (10) «y todos estos motines y desórdenes se hacían á instigación de los dos cortesanos, émulos de Farnesio (11).»

En fin, Richardot, el del Franco Condado, vuelve de Madrid con órdenes y caudales de Felipe II. Sus soldados vuelven á la subordinación y disciplina al recibir sus pagas, y Farnesio se pone en movimiento. A principios de agosto se halla en Condé y el día 14 llega á Guisa.

II.—Primera campaña en Francia

Farnesio no conocía exactamente ni la fuerza del ejército de Enrique IV, ni los días que Paris podría resistirse aún: sólo sabía que Mayena podría darle apenas ocho mil hombres (12) y avanza con lentitud para no perder ningun hombre, sabiendo al llegar á Meaux, el 22 de agosto, la repentina muerte del importuno comendador Moreo.—Ha muerto envenenado, escribe el capitán Moreo, su hermano (13), el 18 de agosto en Meaux, en ménos de veinte y cuatro horas, sin poder pronunciar una palabra; pero

(7) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 77. Moreo á Don Juan de Idiáquez, del 26 julio 1590.
 (8) Citado por Motley, tom. III, pág. 204.
 (9) Le Petit.
 (10) Herrera.
 (11) Le Petit, t. II, p. 576.
 (12) Ms. Arch. nac. K. 1573; pág. 85, Tassis al rey.
 (13) *Ibid.* pág. 90.

había confesado y comulgado tres días ántes (1). Y el antiguo embajador Tassis, que llegaba también á Meaux (2), escribía á Don Juan de Idiáquez: «Habeis perdido un amigo muy devoto: esta muerte súbita es muy triste. Dios lo haya perdonado. Amen.»

Llegan también á Meaux Mayena y sus ligeros, La Motte con artillería española y el príncipe de Chimay con los valones. Farnesio se encierra, á la orilla derecha del Sena, en frente de Lagny, en un campo que rodea de fosos y empalizadas, cuyos vestigios se encontrarían hoy acaso. Tenía cerca de veinticinco mil hombres y diez y ocho piezas de batir (3), mientras Enrique IV, según sus informes, sólo tenía diez y seis mil peones medianos, cuatro mil excelentes jinetes (4) y once piezas de campaña.

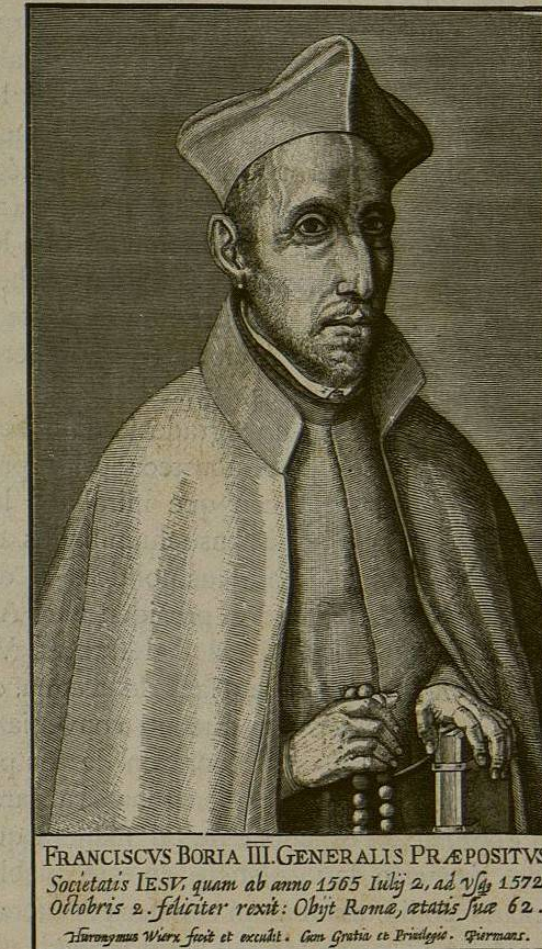
Enrique IV había comprendido la necesidad de reunir sus fuerzas bajo su mando, y desatendió por el momento á Paris, estableciéndose en un campo atrincherado entre Vincennes y Saint-Maur, resuelto á dar la batalla, si veía una ocasión favorable (5). «No hay que engañarse, le decía Biron (6), hasta el punto de esperar que los soldados franceses aventajen en orden á los españoles.»

No tardó mucho Farnesio en realizar el pronóstico del viejo mariscal: después de siete días de inmovilidad, pasó el Sena, á favor de la niebla, derribó una cortina de los muros de Lagny á unos cuantos cañonazos, entró en la plaza y pasó á cuchillo la guarnición (7).

Era una humillación para Enrique IV ver tomar una plaza fuerte al lado de su ejército, y quiso contestar con un golpe más famoso. Aquella misma noche evacuó su campo, pasó el Sena, entró en el arrabal de San Marcelo á las dos de la madrugada y echó las escalas sobre la puerta Papal, entre las de Santiago y San Marcelo (8). Tras la puerta Papal se extendían los jardines de la abadía de Santa Genoveva: el rey esperaba entrar en la abadía, fortificarse en ella y desde

(1) Esta congestión cerebral se tuvo generalmente por un envenenamiento. V. Coloma, p. 33. «Murió casi al improviso después de cierto banquete.»
 (2) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 89, Tassis á Idiáquez, del 12 de setiembre 1590.
 (3) *Ibid.* p. 85, Tassis al rey, del 3 setiembre 1590.
 (4) *Ibid.* «Muy buenos.»
 (5) *Cartas misivas*, t. III, p. 245.
 (6) Aubigné, t. III, p. 238.
 (7) A excepción del comandante Beauvais de La Fin, que acaso fué traidor; á lo ménos él fué después el agente más activo de la traición de Biron. Acerca de la toma de Lagny, la noche del 4 al 5 de setiembre, véase Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 87, Tassis al rey.
 (8) Esta puerta estaba tapiada. Habíase abierto en las murallas en 1147 para la entrada solemne del papa Eugenio III.

esta posición ir ganando paso á paso á Paris (9). Los vecinos no velaban, pero precisamente á aquella hora estaban de centinela en la torre papal tres ó cuatro jesuitas. Uno de ellos, el P. Commolet, «por no estar ocioso, ensayaba su sermón» (10). Toman sus alabardas, las rompen en los cascos que aparecen en lo alto de



FRANCISCVS BORJA III. GENERALIS PRÆPOSITVS Societatis IESV, quam ab anno 1565 Iulij 2, ad 1572 Octobris 2, feliciter rexit: Obijt Romæ, ætatis sue 62.
 Hieronymus Wierx sculpsit. Cum Gratia et Privilegio. Germaniæ.

Francisco de Borja, tercer general de los jesuitas (Facsimil de un grabado en cobre de J. Wierx, 1551-1619)

las escalas, y derriban dos hombres al foso, dando voces de alarma (11). Al punto acudieron el abogado escocés Balden y el librero Nicolás Nivelles (12), y después algunos estudiantes. Sue-

(9) La noche del 10 de setiembre de 1590. Véase la Colección de Franklin, p. 270. Enrique IV asegura que sólo quería decidir á Farnesio á dar batalla (*Cartas misivas*), t. III, p. 250; pero puede creerse que no fué sino un pretexto para cohonestar el descalabro.
 (10) *Historia de Alejandro Farnesio*, Amsterdam, 1692, p. 300.
 (11) Herrera, t. III, p. 215; Coloma, p. 35; relación publicada por Franklin, p. 270; relación de Pigafetta, p. 98; relación del tom. VII del *Boletín de la sociedad de historia de Paris*, p. 266; Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 129. Bernardino de Mendoza al rey, del 11 de setiembre de 1590. «Halláronse á la guardia solo algunos padres de la Compañía de Jesus; echaron de la muralla abaxo á los de las escalas.» Estas escalas abandonadas (*Bolet. hist. Paris*, t. VII) se dieron como trofeos á los padres, que las conservaron en su colegio de Clermont.
 (12) Librero de la calle de Santiago, muestra de las *Dos Columnas*. El ardiente burgués murió 15 días después en el asalto de Corbeil. En 1589 fué enviado por Mayena al papa Sixto V para anunciarle la muerte de Enrique III, según lo dice en su folleto *Carta del Ilmo. Cardenal Montalte*.